

Manto de armiño

Los miserables, sí, aquellos que sólo se sienten importantes cuando con sus juicios aniquilan al que tienen enfrente, hacían de la mujer día tras día una figura más diminuta y llena de sufrimiento. No en vano, el talón de Aquiles de la mujer era el no quererse, el tener una autoestima por los suelos y esto era algo ciertamente muy peligroso porque llegaría un momento en el que, cómo se va desmontando a una muñeca rusa, la mujer casi desaparecería. Pero algo extraordinario aconteció, puesto que la mujer, pasado el tiempo, fue, por un designio divino, cubierta con una capa de armiño, como la que llevan los reyes en su coronación. La capa, cómo no podía ser de otra forma, estaba entretejida con el amor de Cristo y ello le daba a la mujer una autoestima hasta entonces desconocida por ella, que para nada dependía del juicio que los demás pudieran tener sobre ésta. Por ello, con el tiempo el cuerpo diminuto en el que había quedado fue ensanchándose a la vez que crecía en gran medida a lo alto. Y aquellos que la negaban iban llenándose de una mayor envidia al no poder soportar la alegría que Dios le había devuelto a la mujer y que antaño le había sido arrebatada por el demonio, que usaba a los mediocres contra su figura como instrumento de su maldad. Mientras los asnos agachaban sus orejas a su paso, el corazón de la mujer se iba convirtiendo en algo hermoso y sagrado, por lo que en él hasta cabían las maléficas sonrisas de la que un día fue objeto.

Aclaración: se juzga a los envidiosos mediocres. De ningún modo está escrito contra los cachondos mentales porque para cachonda mental basto yo.